

la semana abundantes limosnas á todos los menesterosos que se presentaran á su puerta sin perjuicio de lo que daba los demás dias, estando señalado cada uno por algun acto heróico de caridad.

CAPITULO IV.

Francisco establece á los Barnabitas en Thonon y nombra vicario general á su hermano Juan Francisco.—Recibe la visita del Arzobispo de Lyon y es calumniado de nuevo al Duque de Saboya.—Nuevos rasgos de su caridad.

(De 1615 á 1616.)

Francisco, comprendiendo la influencia que tienen las grandes ciudades sobre los pueblos que las rodean, que concurren á ellas con frecuencia para sus negocios y placeres, procuraba reunir en Thonon, capital del Chablais, y por tanto tiempo centro de la herejía, todos los auxilios de la religion. Ya habia establecido allí la *Santa Casa*, destinada á tres corporaciones de operarios evangélicos. La primera era una congregacion de siete sacerdotes piadosos é instruidos, encargados de las funciones parroquiales y del Oficio divino propio de los cabildos; la segunda era una comunidad de Capuchinos, que debian dar continuas misiones en todo el país; la tercera debia ser una sociedad de sacerdotes consagrados á la educacion de la juventud. Para la ejecucion de esta última medida, la única que le quedaba por consumir, Francisco eligió á los Barnabitas, á los cuales veia trabajar diariamente con tanto éxito en Annecy. Lo consultó con Don Guerin, y este religioso, mediante la concesion de ciertos derechos y beneficios, se comprometió á nombre de su órden á sostener el colegio, dar lecciones al pequeño seminario, á enseñar, si se creia oportuno, la filosofía y la teología, á celebrar los santos Oficios en la iglesia de San Agustin, y á confesar, predicar y catequizar en todas partes donde fuera necesario. Así arreglado este convenio y firmado por una y otra

parte, el Obispo envió á Don Guerin á que lo llevara él mismo á la corte de Turin; y el Duque, no contento con aprobarlo, encargó á su Embajador en Roma lo hiciera ratificar por una bula del Soberano Pontífice.

Esta bula no se hizo esperar mucho, y ya el mes de setiembre, el Obispo fué á Thonon á dar á Don Guerin posesion del nuevo colegio y de la iglesia de San Agustin. El mérito de los nuevos religiosos resplandeció bien pronto; la fama publicó por una parte la escelencia de su enseñanza, su celo inteligente y desinteresado por el bien de los alumnos en el colegio; por otra, el éxito maravilloso de sus predicaciones en el púlpito fué para la ciudad de Thonon ocasion de una gloria legitima, para todo el Chablais un continuo apostolado, para los religiosos mismos una preciosa ventaja por las ocasiones de méritos que recogieron en esta casa y estendieron mas tarde por toda la Francia. Estos felices resultados despertaron la envidia de algunos personajes, y la envidia suscitó la calumnia; pero estos discursos falsos, lejos de oscurecer la virtud de los Barnabitas, hicieron que apareciera mas brillante. El Papa, á cuyo tribunal habian llevado sus quejas los acusadores, remitió el negocio al Duque de Turin; este al mismo Don Guerin cuya inocencia y probidad conocia; y habiendo las declaraciones de este santo religioso manifestado la verdad en toda su luz, el Papa, para ponerlos á cubierto de los dardos de la envidia, los tomó bajo su proteccion, al mismo tiempo que Francisco, seguro de su inocencia, los recomendaba al alto patrocinio del Duque de Saboya y del Cardenal de este nombre (1), y confiaba á su apostólico celo las diversas poblaciones del Chablais.

El santo Obispo, durante su estancia en Thonon, supo que debian surgir algunas dificultades en el concurso que se preparaba en Annecy para la oposicion de los curatos, y escribió á su hermano, Juan Francisco, canónigo de la

(1) Carta CCCLVI.

catedral. «Este negocio, decia (1), dará lugar á la critica en »la cual es preciso permanecer grave y tranquilo, no dando otra contestacion sino que se ha seguido la pluralidad »de los votos..... Conviene que se asegure bien la pension »del penitenciario, de modo que no haya nada que discutir con el cura, porque el espíritu humano es tan facil á »disgustarse en todo lo que toca á sus intereses, que difícilmente se podrá de otro modo procurar al penitenciario »esta pequeña renta.» Como la peste estaba entonces en Ginebra, donde hacia grandes estragos, el Obispo tranquilizó inmediatamente á su hermano sobre esto. «No »tengais ningun cuidado por mí, le dice, no hay peligro »en todo el Chablais, y aun cuando el mal tomara aumento, soy prudente y me guardaré del peligro, con la ayuda »de Dios. Sin embargo, á mi regreso me detendré algunos dias en una casa fuera de la ciudad, si la autoridad »civil lo desea, para no ocasionar temor á nadie y manifestar el respeto que se debe á la salud del país.»

Pocos dias despues de esta carta, habiendo sabido Francisco la muerte de su vicario general, que su mal estado de salud le habia hecho preveer hacia tiempo, escribió por segunda vez á su hermano para anunciarle la eleccion que habia hecho de él para esta dignidad. «Despues »de algunas consideraciones, le dice (2), he resuelto nombraros para este cargo; un solo motivo os bastará para »aceptarlo y á todo el mundo para aprobarlo, y es que de »este cargo depende en gran parte, no solo el bien de la »diócesis, sino tambien mi honor, y que vuestro parentesco os moverá mas que á nadie á tener cuidado y celo. Lo »esencial de este empleo es la vigilancia, para que los demas cumplan con su deber. Haced por mí hasta mi vuelta »como si hubiéseis ya tomado posesion.»

Esta vuelta no se dilató, y Francisco entró en Annecy

(1) Carta encontrada en el noviciado de los Jesuitas de Toulouse, por M. de Cambis.

(2) Carta CCCXXXVII.

el 20 de setiembre para conferenciar con la Madre de Chantal sobre las reglas de la Visitacion, y preparar una brillante recepcion al Cardenal de Marquemont que debia, al volver de los estados generales, pagarle la visita que él le habia hecho. El Cardenal no llegó hasta el 30 de octubre, y fué acogido con todos los honores debidos á su mérito y dignidad. El Obispo le hizo oficiar de pontifical y predicar el dia de Todos los Santos en la catedral. Los dias siguientes le hizo visitar los diferentes establecimientos de Annecy; el 4 de noviembre le condujo al colegio de los Barnabitas, y lo hizo oficiar en la fiesta de San Carlos. «Padres mios, dijo á los religiosos al presentárselo (1), »cuando solo me teniais á mí en esta solemnidad, no teniais mas que la sombra de San Carlos, pero teniendo »hoy á Monseñor de Marquemont, teneis una viva copia »del admirable Arzobispo de Milán.»

El ilustre huesped quiso aún ver de cerca todos los actos públicos de la administracion episcopal de Francisco para edificarse é instruirse. Se encontraba entonces un curato vacante, y estaba abierto el concurso para dárselo al mas digno. Un eclesiástico noble, orgulloso con su nobleza, se presentó y mostró como mérito cartas del Duque de Saboya y otros príncipes que le recomendaban. Apoyado en estas poderosas protecciones despreciaba á todos los concurrentes, y se indignaba ante la menor duda sobre preferir á otro.

El Obispo, que no era hombre que hiciera ceder el deber ante el favor, le interrogó sobre el primer Evangelio que la casualidad le presentó al abrir el Misal. Era el Evangelio de los hijos del Zebedeo, á los que Jesucristo corrije su ambicion con estas severas palabras: «No sabeis »lo que pedis: *Nescitis quid petatis.*»

Francisco propuso al caballero que lo tradujese, mas el ignorante concurrente no comprendió una palabra, y sin

(1) Año Santo de la Visitacion, 5 de noviembre.

embargo, sin desconcertarse por las risas de toda la asamblea, reclamó con un tono altanero el beneficio como cosa que le era debida. «Señor, dijo entonces Francisco con »una moderacion llena de dulzura, permitidme que os es- »plique las palabras que no entendeis: *Nescitis quid petatis*, no sabeis lo que pedís. Es imposible para vos, con la »poca ciencia que acabamos de ver teneis, el desempeñar »el cargo de las almas, así como á mí me es imposible el »confiaroslas; no soy el dueño de los beneficios, sino el »dispensador, obligado á darlos al mas digno.» (1)

En conformidad con este principio, el santo Obispo, acto continuo, declaró provisto el beneficio en el eclesiástico que en el concurso habia dado pruebas de mas talento.

Ofendido con esta humillacion, el caballero se dejó llevar de la cólera, y amenazó con decir al Duque de Saboya el caso que se hacia de sus recomendaciones. «Basta, »señor, contestó Francisco, la pasion es la que habla en »vos en este momento; otra vez será la razon.» Francisco, en efecto, estimaba demasiado al Príncipe para pensar que quisiera la promocion de un sujeto tan notoriamente incapaz. No obstante, el caballero no se dió por satisfecho, y al domingo siguiente, en medio del Oficio, tuvo la imprudencia de ir á presentar al Obispo, sentado en su silla pontifical, un libelo infamatorio lleno de las mas groseras injurias. El santo prelado, lejos de alterarse, no pensó ni en pedir justicia por el insulto; mas habiendo el cabildo tomado cartas en el asunto, quiso proceder rigurosamente contra el culpable y hacerle castigar de una manera ejemplar. Ya la sentencia estaba escrita y á punto de ser pronunciada, cuando el Obispo, que lo sabe, se apresura á pedir gracia y la obtiene. Hace mas aún, emprende el vengarse como lo hacen los santos; solicita y consigue para el insolente caballero, en la corte del Duque de Sa-

(1) Carlos Aug., p. 464.

boya, una plaza muy honorífica, en relacion con su nacimiento y condicion, de suerte que pasó por proverbio en toda la Saboya, que bastaba ofender al Obispo de Ginebra para recibir beneficios (1).

Testigo de tantas virtudes el cardenal de Marquemont, no pudo contener su admiracion; publicaba en todas partes que el Obispo de Ginebra era un santo, le daba el nombre de padre, complaciéndose en considerarse, á pesar de ser primado de las Galias, como su hijo espiritual, su humilde discípulo; y este sentimiento era tan profundo en su alma, que un dia, leyendo la firma del hombre de Dios al pie de una carta testimonial de un religioso de Annecy, la besó varias veces con respeto, exclamando: «¡Oh que »gran siervo de Dios! ¡Oh qué hombre tan santo y perfecto! »Es un Prelado enviado del cielo, y á quien he visto hacer »actos heróicos de caridad y justicia. ¡Ah! ójala que todos »los obispos de Francia tuvieran una pequeña parte de la »gracia que posee con tanta plenitud: es verdaderamente »un pastor perfecto, y todos debemos aspirar á imitar sus »virtudes.» (2)

Los dos prelados, animados igualmente del espíritu de Dios, no conferenciaron juntos sino de materias eclesiásticas, desde la llegada del Obispo hasta su partida, que tuvo lugar demasiado pronto para los deseos de ambos. La necesidad de visitar su diócesis no permitió á este grande hombre detenerse mas tiempo. Pero apenas dejó á Annecy cuando la malignidad, atribuyendo á esta entrevista enteramente espiritual designios políticos contra el duque de Saboya, hizo saber en Turin que los dos Obispos habian concertado juntos algunos secretos proyectos en favor de los intereses del rey de Francia. El Duque, acogiendo esta sospecha injuriosa, encargó al Marqués de Laus, gobernador de Saboya, examinara el hecho, el cual al punto delegó un propio al santo Obispo para informarle del descon-

(1) Dep. de Favre, que estaba presente.

(2) Dep. de Rendu.

tento del príncipe, y pedirle cuenta del viaje del Arzobispo y de sus largas conferencias con él (1).

El Obispo, muy admirado de tan estraña sospecha, contestó al punto al gobernador (2), tomando á Dios y á los ángeles por testigos de la verdad de sus palabras, que el Cardenal no habia querido mas que devolverle la visita que habia recibido; que sin hacer misterio, como hacen los que tienen intenciones hostiles, habia venido en público acompañado de ocho hombres á caballo; que desde su llegada no habian tratado sino de cosas puramente espirituales; que daba por garantía de esto su honor y su conciencia. «Si V. E. me lo permite, añade al terminar, le diré con libertad que he sido educado y he envejecido en una sólida fidelidad á mi príncipe, y que mi profesion y todas las consideraciones humanas me unen estrechamente á él. Soy esencialmente saboyano, yo y toda mi familia, y no podré nunca ser otra cosa. No concibo cómo puedo dar motivo de sospecha habiendo vivido siempre fiel y adicto como lo he hecho.»

Enviada esta carta, el santo Obispo, fuerte con el testimonio de su conciencia, se abandonó enteramente á la providencia y continuó en paz sus trabajos ordinarios. Pero esto no fue sin nuevas tribulaciones, que eran necesarias continuamente á esta alma escogida para perfeccionarla en la virtud y hacerla mas semejante á Jesucristo. Habia en Annecy un abogado llamado Pillet, que rehusaba reconocer los censos que estaba obligado á pagar á la iglesia de Ginebra; y el Obispo, creyendo que debia mantener los derechos de su iglesia, le obligó por justicia á reconocer estos censos. El abogado, furioso de haber sido vencido, concibió un odio tan violento contra el Obispo, que aprovechaba todas las ocasiones de hablar mal de él, vomitaba injurias, le censuraba en todas las reuniones, y parecia haber tomado á su cargo oscurecer una reputacion tan pura.

(1) Carta CCCXLII.

(2) Año Santo de la Visitacion, 15 de noviembre.—Carlos Aug., p. 483.

El hombre de Dios, informado del hecho, no concibió contra el difamador sino un interés mas tierno; y habiéndole un día encontrado en la calle: «Señor, le dijo con bondad tomándole la mano, sé que me quereis mal y que buscáis las ocasiones de perder mi reputacion; no os escuseis, porque estoy seguro de ello; pero quiero tambien que sepais, que aunque me arrancáseis un ojo os miraría con afecto con el otro.» El desventurado, sorprendido y confuso, quedó sin poder contestar nada, pero sin embargo no se dejó vencer por estas buenas palabras; y su odio, por el contrario, creció cada vez mas. Algunos meses despues llevó su descaro hasta cubrir de lodo las cartas monitoriales fijadas en la puerta de la catedral, y hasta á disparar durante la noche tiros á las ventanas del palacio episcopal; y por último atentado hirió con la espada al vicario general de Annecy. La madre Chantal, asustada por el peligro á que un odio tan encarnizado esponia á su santo director, le rogó dejara al menos obrar á los que querian perseguir al culpable. «Dejadme hacer, le dijo, los dos nos vengaremos; este hombre tiene tres hijas, y recibiremos á una de ellas sin dote en nuestro monasterio:» lo que en efecto se verificó.

Entre tanto el senado de Chambery, informado de unos procederes tan inícuos, hizo prender al culpable y empezó su proceso, cuyo resultado infalible y pronto iba á ser una sentencia de muerte. El santo Obispo, alarmado con el golpe que amenazaba á su enemigo, se apresuró á escribir al duque de Saboya, y pidió y obtuvo su perdon, y fue él mismo á llevar la noticia al prisionero. El miserable, insensible á una accion tan generosa, no dejó salir de sus labios ni una palabra de arrepentimiento por su falta ni de reconocimiento por su gracia.

El hombre de Dios se puso de rodillas y le pidió perdon de lo que hubiera podido ofenderle sin saberlo, mas el pecador endurecido no se conmovió, y acogió con insultos á su bienhechor; y ¡cosa increíble! perseveró en su odio hasta el fin desgraciado que terminó su vida, y que